

las experiencias destructivas o de vértigo que configuran un descenso del hombre y una manipulación de lo real (niveles -1, -2, -3 y -4).

Todas las páginas de *La ética o es transfiguración o no es nada* expresan la seguridad de que el valor existe (Nivel 3) y de que el

conocimiento del bien y la verdad está en el origen de la máxima felicidad. Esta seguridad es el fruto maduro de un largo proceso de búsqueda filosófica, estética y pedagógica a la vez.

Juan José MUÑOZ GARCÍA

Robert SPAEMANN, *Sobre Dios y el mundo. Una autobiografía dialogada* (traducción: José María Barrio Maestre y Ricardo Barrio Moreno), Madrid: Palabra, 2014, 400 pp., 13 x 21, ISBN 978-84-9061-034-3.

En estas páginas, Robert Spaemann ofrece un recorrido por la historia de los dos últimos tercios del s. XX y una formulación sintética de su pensamiento en relación con las experiencias y los contextos en los que surgió y que sirvieron para su desarrollo. No se trata ni de una biografía escrita a partir de fuentes diversas, ni una autobiografía en el sentido usual de la palabra. Spaemann va contestando preguntas que pretenden aclarar, hasta donde sea posible, los caminos del pensamiento que ha recorrido a lo largo de su prolongada vida filosófica.

Ciertamente comparecen los detalles biográficos, como la prematura muerte de su madre, la separación de su padre que se preparaba en el seminario para ser sacerdote, su posterior convivencia con él ya durante la segunda guerra mundial, etc. También aparecen los recovecos de la historia intelectual, cultural y política de Europa y la participación en ellos del autor. A eso hay que añadir las valoraciones del funcionamiento de las instituciones educativas alemanas, sobre todo a nivel universitario, así como las experiencias de un católico que se dedica profesionalmente a la filosofía y la crisis del pensamiento cristiano que se desarrolla en el último tercio del siglo y que continúa, en gran medida, delimitando las características más sobresalientes de nuestro presente.

Como es imposible hacer un balance suficientemente cuidadoso de todos los temas que aparecen en estas páginas, he seleccionado sólo algunos aspectos, a mi entender suficientemente significativos, como objeto de este comentario.

En primer lugar, conviene señalar la íntima y constante conexión entre la filosofía y la vida del autor. Las experiencias vitales son pensadas a fondo y los más profundos pensamientos se muestran como expresiones de experiencia vividas. En este punto, destaca el aprecio por la *intentio recta* en el conocimiento y en la filosofía. Pero también la importancia que para un cristiano tiene pensar en Dios y la relevancia filosófica de esta reflexión. A este respecto Spaemann afirma que «el argumento contra la fe cristiana siempre me parecía débil. Pero a su vez me parecía un punto de vista cargado de gran trascendencia la propia decisión de renunciar a los argumentos, considerar obsoleta cualquier justificación argumental» (pp. 67-68).

Resulta curiosa la referencia a la utilidad de la capacidad de argumentar en la propia vida familiar: el filósofo también aprende de los suyos: «Mi esposa me echaba en cara a veces una deformación profesional: “tú crees en la fuerza de los argumentos, pero a la mayoría de la gente no le importan mucho los argumentos, y, si alguno amenaza

ser convincente, entonces empiezan a odiarte, no a aceptar tu argumentación”. A menudo mis hijos me decían algo similar: “Papá, no podemos contradecirte, porque argumentas mejor que nosotros; pero eso no quiere decir que tengas razón”» (p. 70).

En segundo lugar, merece la pena destacar el papel que la razón argumentativa desempeña en la actual encrucijada del pensamiento: «Razón significa pretensión de universalidad. Si algo es razonable, ha de poder iluminar a cualquiera. Si esto no ocurre, se pueden despertar tres reacciones en quien tiene por razonable su argumento. La primera es la defensa: Se intenta detectar a qué obedece una eventual oposición emocional en el contrincante. La segunda consiste en la propia inseguridad: Admitir la posibilidad de un punto ciego en el propio planteamiento e intentar una reconsideración del asunto. Finalmente la tercera es una de las más fundamentales, y al mismo tiempo de las más malévolas o astutas tentaciones para un pensador. Renunciar al universalismo, aceptar otras “formas de pensar”. De esta suerte se renuncia a la verdad y el discurso, la comunicación argumentativa, pierde todo su contenido» (p. 246). Frente a la razón que busca la verdad se descubre la corrección política: «La *corrección política* renuncia a impugnar una afirmación errónea, y en lugar de ello prohíbe exteriorizar determinadas afirmaciones» (p. 249). Frente a ella, la filosofía es «un modo de vida en el que la voluntad de poder no permanece ciega, sino que se somete a la verdad, a la voluntad de entender» (p. 374).

La tercera cuestión es el enfrentamiento con el cientificismo. «Lo que critico es la pretensión de algunos neurofilósofos de decir *qué es pensar*. Sólo si reconoce sus límites, la ciencia puede alcanzar informaciones precisas. El cientificismo es la ideología que cree haber entendido algo cuando se conoce qué factores se requieren para su devenir [cómo ha llegado a ser como es]... Eso quie-

re decir que la ciencia objetiva no puede aclarar cuál es el contenido de los actos intencionales, el contenido del pensar... Puede decir algo sobre el pensar, pero no sobre los pensamientos... Pero no puede explicar qué es lo que se piensa. De lo contrario, los informes de la neurociencia tan sólo revelarían los estados cerebrales de los neurocientíficos. ¿Pero qué interés tiene eso para mí? De ahí que me oponga a reducir lo humano a lo que la ciencia puede decir “objetivamente” sobre el hombre» (p. 267).

Y, finalmente, Spaemann destaca que los principales debates de la actualidad se presentan de modo ambivalente porque «son la expresión de un dualismo fundamental en la mentalidad de nuestro tiempo; un dualismo entre lo que llamaría “naturalismo”, de una parte, y “espiritualismo” de otra... Es preciso no dejarse enredar por ella: hace falta disponer de una perspectiva que se halle fuera o por encima de ese dualismo» (p. 363). Frente a ese dualismo Spaemann hace valer la singularidad del hombre en el horizonte de los seres vivos constituidos teleológicamente para buscar su interés y centrar en ellos su mundo: «El hombre es un caso excepcional... Solamente en virtud de esa situación excepcional puede el hombre respetar a otros seres naturales... Quien niega esa posición privilegiada del hombre, igualmente niega la posibilidad de una voluntaria autolimitación... El orden natural no pierde vigor, sino que se transforma en un *ordo amoris* racional» (pp. 368-369).

El lector que tome el libro entre sus manos se verá, por todo lo dicho hasta ahora, sumergido en una vida pensada y en un pensamiento vivido que le resultarán, más allá de los detalles, apasionantes. Llenas de auténtica pasión, sus páginas se leen con el gusto de la autenticidad y el ritmo racional del que está acostumbrado a escribir para ser entendido. Su lectura es un verdadero lujo humano.

Enrique MOROS